

MARIA Y EL MONJE

¿Qué lugar ocupa María entre los distintos elementos de la vida monástica? ¿Cómo vive el monje o la monja una relación personal con la Madre de Jesús? ¿Quién es y qué significa María *para mí*?

Estas no son preguntas para contestar a la ligera. En general, me parece que María será para cada uno lo que cada uno le deje ser. Para algunos, será objeto de devoción o de peregrinación en ciertos momentos del día o del año. Para otros, la realidad de María puede devenir una de aquellas verdades de fe que se aceptan y se recitan en el Credo, sin que se la viva ni aprecie como algo referido a una persona que interviene directamente en la vida cotidiana. La Virgen puede ser un elemento implícito de nuestra vida, sin llegar a ser una parte explícita, excepción hecha de rutinas tales como el Angelus, el Rosario o las conmemoraciones litúrgicas.

Debido a tales dificultades, será importante fundamentarnos tanto en la *doctrina* como en la *experiencia* —la experiencia de María y la nuestra—, de modo que descubramos personalmente cuál puede ser nuestra relación con ella. La experiencia tomará real para nosotros la doctrina y esta nos permitirá interpretar correctamente la experiencia. Esto es lo que intentaremos hacer en las páginas siguientes, al observar los ritmos fundamentales de la vida de María y del monje, señalando su significado mutuo y su compenetración. Al referirnos a la experiencia del monje, se sobreentiende que se trata también de las monjas. En realidad, casi todo lo que sigue puede aplicarse a cualquier vocación cristiana: Cada lector ha de sacar sus propias conclusiones.

De *Word and Spirit*, 1988, 10, pp. 3-20. Traducción del inglés por Marta Ribalta, revisada por el autor. Agradecemos al P. Agustín y a la Dra. Ribalta su amable colaboración.

ii - La mayor parte del presente artículo fue escrita antes del anuncio del Año Mariano 1987-1988. Muchos de los temas y referencias bíblicas que se mencionan están tratados también por el Papa Juan Pablo II en su encíclica mariana, *Redemptoris Mater*, del 25 de marzo de 1987.

1. ¿Quién es María?

Al profetizar María que *en adelante todas las generaciones me llamarán feliz (Lc 1, 48)*², previó la alabanza que iba a recibir. Pero señalaba sobre todo una *connaturalidad* intrínseca entre sí misma y los demás hombres y mujeres. Veía cómo había llegado a ser, por las grandes cosas que Dios había hecho en ella, el modelo supremo de lo que significa ser miembro de la familia humana. Podemos comprenderlo cuando vemos que la bienaventuranza o felicidad, especialmente en la Biblia, se refiere a la *vocación interior de la persona humana*. De este modo las Bienaventuranzas no son, en primer lugar, promesas de recompensas exteriores por haber cultivado ciertas disposiciones, como la pobreza, la mansedumbre o la pureza de corazón (*cf. Mt 5, 3-12*), sino que señalan la verdad: en qué consiste la perfección real de la persona humana, con la condena indirecta de los falsos modelos mundanos. La bienaventuranza es ontológica.

Por la misma razón, Simón, hijo de Jonás, es llamado *feliz* por el Señor, debido a que su identidad más profunda será no prestar atención a la carne ni a la sangre, sino proclamar la revelación que proviene del Padre Celestial (*Mt 16, 17*). Por hacer esto, se transformará en "Pedro" (piedra), su nuevo nombre. Del mismo modo, todas las generaciones llamarán feliz a María, porque su vocación interior, lo que el Todopoderoso había hecho en ella, la convertía en paradigma de lo que significa ser hombre. Ella es, en unión con su Hijo, el miembro de la familia humana en quien se logra de forma más perfecta nuestra identidad común. Las promesas formuladas por Dios a todo hombre se cumplen primero en ella. De algún modo, todos somos creados o re-creados, o ambas cosas a la vez, a su imagen y semejanza. Y así nuestro destino es ser semejantes a ella.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cuál es esta semejanza de María presente en el corazón humano a través de los siglos? ¿En qué consiste su bienaventuranza?

Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor (Lc 1, 45). El corazón íntimo de Ma-

2. Dicha afirmación no contradice el hecho de que la maternidad divina sea el primer principio en la Mariología, sino indica que la fraternidad respecto del Verbo por parte de María debe ser comprendida en su sentido espiritual correcto, sin limitarlo a la parte física. Se refiere al Cristo total, al Verbo en todas sus expresiones. Las frases siguientes del texto intentan aclarar este sentido.

ría, su personalidad en alma y cuerpo, es la *total receptividad de la Palabra eterna de Dios* (cf. *Lc 1, 38*). Este es el lado positivo de su Inmaculada Concepción. Los evangelios demuestran, en más de un lugar, que ella es feliz porque se deja gobernar por la Palabra de Dios, aún más que por el hecho externo de haber dado a luz físicamente al Hijo de Dios (cf. *Mt 12, 50; Mc 3, 35; Lc 1, 45; 8, 21; 10, 39-42; 12, 28; Jn 2, 5*). Quizás sería más exacto decir que existe una continuidad ininterrumpida entre las diferentes expresiones de la Palabra divina: la escrita, la pronunciada o leída, la existencial a lo largo de la historia, la Palabra hecha carne, la Palabra eucarística, la Palabra presente cuando dos o tres se reúnen en nombre de Cristo (*Mt 18, 20*), la Palabra que visita interior y místicamente³. El corazón íntimo de María recibe cada expresión de la Palabra divina, la medita y exclama: *Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra* (*Lc 1, 38*). Y la Palabra se hizo carne de su carne y hueso de sus huesos (cf. *Jn 1, 14; Ga 4, 4*).

Lo mismo ocurre con la vida cristiana. ¡Cuán felices son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la practican! (cf. *Lc 12, 28*). El corazón verdaderamente creyente del cristiano recibe cada expresión de la Palabra divina, la abraza en un acto de entrega comúnmente llamado "fe" — que crece para incluir todas las dimensiones de la persona humana⁴. La voluntad, la inteligencia con sus conceptos y su razonamiento, las potencias afectivas y emocionales, la sexualidad, la oración, las relaciones personales, el estilo de vida, todo está subordinado a la luz y al poder del Hijo único del Padre. Y la Palabra se hace carne una vez más en la carne y la sangre del creyente.

A esta altura, la relación de la Virgen con el monje o la monja se hace más explícita y, a la vez, más interior. La radical receptividad de la Palabra divina, que constituye la personalidad misma de María, se exterioriza en la vida monástica de diferentes maneras que no se encuentran, por lo menos en el mismo grado, en otras formas del vivir cristiano. Entre estas expresiones monásticas se incluyen el alejamiento de la sociedad, las vigiliás nocturnas, un estilo de vida humilde y sobrio, la prontitud para obedecer, mayor tiempo para la oración, la

3. La terminología proviene de san Bernardo de Claraval. Ver sus *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 74, 3; 84, 3; en *Obras completas de San Bernardo*, V. Madrid 1987, BAC 491, pp. 927 y 1037.

4. Ver la definición descriptiva de la fe en la *Constitución dogmática del Vaticano II sobre la Divina Revelación (Dei Verbum)* 5: "Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece 'el homenaje total de su entendimiento y voluntad', asintiendo libremente a lo que Dios revela".

formación para recibir y asimilar la Palabra salvadora de Dios. Por medio de tales expresiones exteriores la vida monástica hace hincapié en la receptividad total de la Palabra de Dios, que constituye el fundamento del ser de María y el eje interior que conecta todos los otros aspectos de su vida.

Otras vocaciones en la Iglesia pondrán el acento en diferentes dimensiones marianas o combinarán la central con las necesidades del apostolado exterior⁵. Es hermoso saber que María cocinaba, lavaba los platos, ayudaba a sus vecinas, cambiaba pañales, reía con sus familiares, compartía el trabajo de su esposo, caminaba por los senderos de Palestina, enseñaba a su Hijo y se preocupaba por él, y, más tarde, consolaba y aconsejaba a los apóstoles:

“Será importante para monjes y monjas identificarse con María en tales actividades rutinarias, de las cuales está lleno su vivir cotidiano. Empero es vital apreciar, sobre todo, el núcleo central de la existencia de María: su interioridad. De este modo, María puede llegar a ser menos un objeto de devoción y más una vida a imitar dentro de la intimidad de la propia conciencia, del propio corazón. Es aquí donde la vida monástica se hace verdaderamente mariana. Incluso parecería que María vive en forma más especial en el monje que, como ella y con la Iglesia, *huyó al desierto, donde Dios le había preparado un refugio (Ap 12, 6-14)*. Para comprender mejor la vida con María en el desierto, tendremos que mirar su historia personal y nuestra inserción en sus varias etapas.”

2. Historia de María e historia del monje

La receptividad total de la Palabra, que enlaza la vida del monje con la de María, no es simplemente un estado inmóvil del alma. Por el contrario, es una realidad creciente, cuyas etapas se revelan a través de los hechos sucesivos en la vida de María.

Primero están los años de *preparación silenciosa* que preceden a la Anunciación. Exteriormente, son años dedicados a descubrir la na-

5. Los Decretos del VATICANO II sobre la renovación adecuada de la vida religiosa (*Perfectae caritatis*) 6, 8; sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (*Presbyterorum ordinis*) 4, 18; y sobre el apostolado de los laicos (*Apostolicam actuositatem*) 4, subrayan la necesidad de dicha armonización. El último párrafo citado (AA 4) termina con la afirmación de que: “El modelo perfecto de esta espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles”.

turaliza de la historia de la salvación mediante la vida litúrgica y social del pueblo de Dios. María aprende a vivir en la fe, a leer las Escrituras, a buscar la voluntad divina, a meditar en su corazón, a poner en práctica la Palabra, a esperar en las promesas indefectibles de Dios y a regocijarse en la vida simple de los pobres del Señor. Es casi innecesario señalar la similitud de tal vida con la vida y la formación monásticas.

A un nivel más interior, la oración de María durante sus años de crecimiento se caracterizaba por dos cualidades mutuamente dependientes: intuiciones profundas de las verdades reveladas al pueblo de Israel y deseo intenso de que se llevaran a cabo las promesas de Dios, su plan de salvación. El tiempo anterior a la Anunciación es, ante todo, un tiempo de deseo, de una oración ardiente por el Mesías: "¡Ven!"⁶.

Esta forma de oración se modifica abruptamente por la intervención divina. María acepta ser la Madre de Cristo y su oración de deseo se vuelve oración de *presencia*. Escuchar la palabra divina adquiere para María de Nazaret un realismo impensable, mientras lleva, cría, vigila, alimenta, acaricia, escucha al Hijo de Dios y dialoga con él. Al enseñarle, ella misma recibe enseñanzas, y la maternidad se convierte en oración, en meditación en el corazón (Lc 2, 19-51). El monje también está llamado a esta oración de presencia. Las verdades de la historia de la salvación no son realidades abstractas, sino históricas. Así las promesas mesiánicas continúan cumpliéndose a diario por la presencia de Jesús en la simplicidad de la vida monástica. Para los que creen, la adoración reemplaza a la oración de deseo y, al mismo tiempo, la aumenta.

Unos treinta años después de la Anunciación tuvo lugar en la vida de María otro cambio, una modificación en la relación con su Hijo, que había sido insinuada por Simeón en el Templo muchos años antes (Lc 2, 35) y que sería esclarecida al pie de la cruz. Esta nueva relación con Jesús permanecería básicamente igual por el resto de la vida terrena de la Virgen.

El cambio ocurrió cuando Jesús la dejó en casa al comienzo de su ministerio público. Ya había tenido un preanuncio de ello, cuando Jesús contaba doce años (Lc 2, 41-50), pero ¿quién está preparado para la *ausencia* de la Palabra? María aprendió por experiencia cómo vivir en la esperanza durante aquellos momentos de perplejidad, oscuridad y contradicción (cf. Mt 4, 13; 12; 48; Mc 3, 33; Lc 2, 48;

6. María debía haber hecho suyos los Salmos 71 y 79, junto con *Isaías* 63-64.

Jn 2, 4.-Aceptó la dura lección de que Jesús puede y debe ser seguido a pesar de sus rechazos aparentes, y de que esas mismas contradicciones nos enseñan a recibir una presencia nueva. El Maestro la preparaba para el Espíritu de Pentecostés.

Gracias a la lealtad de la Madre hacia su Hijo, la Iglesia entera iba aprendiendo a reconocer al Salvador en sus silencios. La oración de presencia vuelve a ser oración de ausencia, pero ahora a un nivel nuevo y superior: el de la disponibilidad absoluta, del amor demostrado en la prueba y del sacrificio del "yo" en la oscuridad y en la contradicción.

El mismo Jesús aclaró en la cruz este período de amor oblativo, cuando mira a su Madre y al discípulo amado y dice: *Mujer, aquí tienes a tu hijo*. Y al discípulo, que evidentemente representa a cada uno de los fieles: *Aquí tienes a tu madre*. Hay varias maneras posibles de interpretar estas palabras de Jesús: El monje las comprende personalmente: María es ahora su madre más auténtica y, como tal, canal de su vida en Cristo. Es su maestra y su refugio en tiempo de peligro, su vínculo de unión con todos los miembros de su nueva familia. *Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa* (*Jn. 19, 26-27*).

Lo que proclamó en la cruz se sella el día de Pentecostés, al recibir los apóstoles al Espíritu Santo *en compañía de María, la Madre de Jesús* (*Hch 1, 14*). Durante ese tiempo la Iglesia primitiva aprendía de ella la oración de deseo: "¡Ven!". Su *maternidad respecto de toda la Iglesia* —y de cada uno de sus miembros en particular— es confirmada por su docilidad a la Palabra y al Espíritu de Cristo resucitado. Pero, podemos olvidar que a cada uno de nosotros sucede algo similar. En el sacramento del bautismo y en el de la confirmación, quedamos marcados para siempre con el sello del mismo Espíritu y recibimos, como discípulos amados, a María en nuestra *casa* (*Jn 19; 27*)⁷, dado que ella se ha convertido en parte integral de lo que nos hace hijos de Dios. Es decir, la aceptamos en nuestra vida como Madre. María, a su vez, une su intercesión a la del Espíritu, para que podamos *orar como es debido* (*Rm 8, 26*).

Después de la Ascensión y de Pentecostés, la humanidad de Jesús se hace más real a María que nunca, pero no como un objeto presente a sus sentidos, ni como figurado en su imaginación (*cf. Jn 20, 17 y 2Co 5, 16-17*). Jesús está ahora glorificado

7. Ver también *Mt 1, 24*, donde José "la recibió en su casa".

y María lo experimenta en la fe, como principio de una nueva vida, como fuente de agua viva (cf. *Jn 4, 10; Ap 7, 17; 21, 6; 22, 4, 17*), abrazado por el consentimiento nupcial de las potencias más profundas de su alma. Empero, esta relación con Cristo, que se hace más puramente espiritual, no le impide reflexionar sobre los grandes hechos y los pequeños detalles de su vida terrena. Continúa meditándolos en su corazón (*Lc 2, 19.51*), y responde al torrente de preguntas que le formulan los primeros cristianos acerca de *lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos* (*1Jn 1, 1*). En realidad, su humilde catequesis de la Iglesia primitiva parece estar en la misma raíz de la tradición cristiana. Veremos más adelante cómo prosigue ejerciendo su actividad de maestra en nuestra vida diaria.

La Asunción corporal de María, por la que entra completamente en la presencia divina de la Santísima Trinidad, al lado de su Hijo resucitado, añade a su ya absoluta disponibilidad una glorificación unificadora de alma y cuerpo. La Hija de Sión ha subido a la Jerusalén celestial (cf. *Is 52, 2*). La dignidad personal de María no se logra por completo hasta ese momento, cuando se cumple plenamente su consentimiento a la Palabra de Dios y lo puede compartir con sus hijos en la tierra. La Virgen repite al monje lo que Jesús dice a sus discípulos: *Os conviene que yo me vaya* (*Jn 16, 7*). De ahora en más su vida como Madre de Cristo —ella misma, obra del Espíritu Santo—, puede continuarse y expandirse en la Iglesia a través de sus hijos. *Ella vive realmente en ellos*, no sólo como inspiración, sino como la compañera más íntima del Cristo glorificado, “unida a él con un vínculo indisoluble y estrecho, ... una compañera singularmente generosa”⁸, preparando a su familia, por el poder del Espíritu, para la unión perfecta con su Hijo.

“ Todo ello da por resultado la doble relación de la Virgen con la Iglesia: la de Madre por un lado y, por otro, la de miembro eminente, en quien la identidad del todo se logra con la mayor perfección⁹. En este último sentido, lo que comienza con la Anunciación se completa con la Asunción. Pero, en otro sentido, la maternidad de María respecto de la Iglesia significa que su trabajo todavía no está del todo completo. Tal es el significado de la mujer revestida de sol, con la lu-

8. VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gentium)* 53, 61.

9. Ver *ibid.*, 62-65.

na bajo sus pies, que aparece en el capítulo XII del Apocalipsis. Esta Madre del Mesías, que *huyó al desierto* (Ap 12, 14), es la misma Iglesia y, en particular, María, presente a sus hijos peregrinos.

La Asunción se presenta, entonces, como celebración de la madurez personal: la de María en primer lugar, y también la nuestra. El monje llega a comprender que su propia realización, como la de María, sólo puede consistir en dejarse invadir por la Palabra y el Espíritu de Dios, y en responder con una obediencia total. Quiere llegar a ser como ella, un servidor del Señor, cuya Palabra tenga dominio absoluto sobre él. Ve que éste es el camino hacia la forma más auténtica de creatividad y de fecundidad, en beneficio de toda la familia humana. La gracia de María en él relativiza cualquier otro método o norma de madurez humana. La Asunción garantiza, entre otras cosas, que nuestra vida presente es el escalón final a la eternidad. Ninguna reencarnación es asequible. Tampoco es necesaria, desde que Cristo, el Esposo glorificado, ha lleyado a sí mismo, *de una vez para siempre* (Rm 6;10; Hb 9, 25-28), a su esposa humana.

3. Con María en el desierto

Acabamos de ver que, al recibir el monje a María "en su casa", como a su verdadera madre (Jn 19, 27), inserta su propio crecimiento interior en las diferentes etapas de la historia personal de la Virgen. De este modo, la Madre de Jesús se hace a la vez modelo exterior para él y vida interior dentro de él, compartiendo su vida en el desierto. De hecho, parte del misterio de la vida monástica consiste en que pone en evidencia el secreto *lugar en el desierto, lejos de la serpiente, donde debía ser alimentada* (Ap 12, 14) la Iglesia durante este tiempo de prueba.

Como Madre de la Iglesia, María actúa en ella, ¡especialmente en el desierto! Pero, *¿cómo experimenta el monje esa acción? ¿Qué significa vivir con María en el desierto?* Para contestar personalmente a estas preguntas, cada cual ha de mirar a la propia experiencia, a fin de descubrir los ritmos de contacto con María que se han desarrollado en su vida con el paso de los años:

Es aquí donde se origina el problema que llega a ser la paradoja típica de la vida en María. Ella prefiere permanecer en la sombra. El Espíritu Santo la ha asumido y la compenetra en forma tal, que su corazón repite constantemente las palabras que su pariente, Juan el

Bautista, pronunciará por primera vez: *Es necesario que él crezca y que yo disminuya (Jn 3, 30)*. El resultado es una desconcertante costumbre de la Virgen de ocultar su actividad. No posee un espíritu llamativo, o que busque impresionar al mundo con hechos extraordinarios. Si lo hace ocasionalmente, se debe sólo a nuestra propia obstinación. Su humildad de corazón es su principal rasgo de carácter:

Sin embargo, dentro de esta humildad de corazón, y a través de los hechos cotidianos de la vida monástica, es muy posible experimentar el cariñoso cuidado personal de María. La condición necesaria es una dependencia interior de ella. En la vida de aquellos monjes y monjas que desarrollan esta relación explícita con ella, parecería que la Virgen interviniere de múltiples maneras, todas ellas muy hermosas. María puede actuar como madre, auxiliadora, maestra, amiga y amada. Así comparte con nosotros las diferentes fases de su experiencia humana. Para nuestro propósito, bastará esbozar cada una de dichas relaciones.

Es evidente que la experiencia más común, que realmente fundamenta cualquier otra, es la de María como *Madre*. Esta es su misión esencial; proclamada, como lo hemos visto, por Jesús en la cruz. Por medio de ella, Dios revela a todas las generaciones la fecundidad interior de escuchar su Palabra y actuar de acuerdo a ella (cf. *Lc 1, 45 y 8, 21*).

A medida que el cristiano crece en el conocimiento de María, se desarrolla cierta sana tensión entre los dos polos de su maternidad: María es la Madre de Jesús y es mi propia madre más auténtica. Al aumentar la fe y hacerse más madura la devoción, los dos aspectos se funden en uno solo: María es mi madre verdadera porque forma a Cristo en mí.

Es significativo que la doctrina de la formación de Cristo en nosotros por María se haya desarrollado en forma especial en el siglo XII, cuando el monacato occidental experimentaba su crecimiento más espectacular. Fue el abad cisterciense Guerrico de Igny (1087-1157), quien enseñó con más claridad esta dimensión interior de la maternidad divina.

Deseando introducir al Amado de sus deseos en los corazones de todos, María... también ansía formar a su Unigénito en todos sus hijos adoptivos. Si bien éstos fueron engendrados por la palabra de verdad, no obstante ella los da cada día a luz por el deseo y la solicitud de su piedad hasta que alcanzan el estado de hombre perfecto, en la

medida de la plenitud de edad de su Hijo, a quien una única vez dio a luz y trajo al mundo¹⁰.

Un contemporáneo de Guerrico, algo más joven que éste, el abad Isaac de la Estrellá (1120-1175), se basó en esta misma realidad y demostró que María resume en sí misma la acción espiritual de la Madre Iglesia, de modo tal que "lo que se dice en sentido universal de la Iglesia como Virgen Madre es verdad en el caso singular de María. Y lo que se dice en forma especial de María, Virgen y Madre, es valedero en general para la Iglesia". De esta manera "María y la Iglesia son una sola Madre y, a la vez, son más de una. Forman una sola Virgen, empero son dos"¹¹. Ambas, María y la Iglesia, nos enseñan a guardar la Palabra de Dios, a crecer en el amor, a orar como nos enseñó Jesús y a dirigirnos al Padre en santa libertad. Las dos sufren dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en nosotros (cf. *Jn 16, 21; Ga 4, 19; Ap 12, 2*).

Esta experiencia de María como Madre de Cristo, en uno mismo y en la Iglesia, es la sustancia interior de la vida en María. No obstante, dicha sustancia se expresa y se enriquece con los matices propios de la vocación, las gracias y las atracciones personales de cada cual, como veremos ahora. El esplendor humilde de la gracia de María sólo puede reflejarse parcialmente en la vida de cada persona, por lo cual tenemos expresiones diferentes de su maternidad, de acuerdo a las distintas situaciones que el monje o la monja enfrenta.

Una expresión común para todos es la acción de María como *Auxilio de los cristianos*, de acuerdo con el título que recibe en las Letanías Lauretanas. Una de las primeras oraciones que se le dedicaron, proveniente del siglo III y conocida en el monacato occidental como *Sub tuum* (Bajo tu amparo), expresa cómo el alma creyente acude al amparo de la Madre de Dios, sabiendo que no nos rechazará en tiempo de necesidad, sino que nos confortará en nuestra aflicción.

El *Memorare* (Acordaos), que parece haber sido inspirado, pero no escrito, por san Bernardo de Claraval, proclama la misma convicción: "Jamás se ha conocido que ninguno de cuantos han acudido a vuestra presencia, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro auxilio haya sido abandonado por Vos". La conclusión refleja la experiencia feliz de generaciones de monjes y monjas: "Animado con

10. *Sermón 52, 3* en *La Luz de Cristo*. Homilias para el Año Litúrgico. Azul-Buenos Aires, Padres Cistercienses 10, 1983, pp. 450-451.

11. *Sermón 51, 7-9* (PL 194, 1863A) en *Sermons III*. Paris, Sources Chrétiennes n. 339, 1987, pp. 202-205.

esta confianza, a Vos también acudo, Virgen de las vírgenes y, gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a presentarme ante vuestra soberana presencia". ¡A cuántas personas de oración habrá ayudado, aun más allá de sus aspiraciones más caras, la Madre del Verbo Encarnado!

El mismo san Bernardo (1090-1153), al darnos la descripción más conocida y emotiva de la experiencia de María como auxiliadora en tiempo de angustia, nos propone dicha experiencia como la mejor forma de aprender quién es María. Encontramos el texto al final de su segunda homilía *En Alabanza de la Virgen Madre*, escrita probablemente cuando Bernardo era un joven abad y tenía alrededor de treinta años.

Cualquiera que seas, que en la impetuosa corriente de este siglo te sientes fluctuando entre borrascas y tempestades, más que andando por tierra firme, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres ser oprimido por las borrascas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones,... si eres agitado por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición, de los celos, mira a la estrella, llama a María. Si la ira o la avaricia o el deleite carnal impelen violentamente la navecilla de tu alma,... y comienzas a ser sumido en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. Si ella te tiene de la mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia; y así *en ti mismo experimentarás* con cuánta razón se dijo: "El nombre de la Virgen era María"¹².

La mención aquí de las tentaciones en todas sus formas parece reflejar fielmente la situación más común en la cual los monjes invocan a la Madre de Dios. San Amadeo de Lausana (1109-1159) explica las razones que motivan la ayuda de María en tales tiempos de tribulación:

Ella tiene piedad de los afligidos y socorre a los desgraciados, por la gracia de la divina caridad, de una forma tanto más completa cuanto que ella contempla más perfectamente el corazón del Rey eterno¹³.

De este modo María se da a conocer como "Madre de misericordia", "Madre de los afligidos", y "Esperanza de los desesperados". Ella, que recibió de Dios tan gratuitamente y es en sí misma un don

12. La traducción es de *Homilias marianas*. Azul-Buenos Aires, Padres Cistercienses 7, 1980, pp. 82-83.

13. *Homilía Octava* de Ocho homilias marianas en *ibid.*, pp. 255-256.

gratuito a la familia humana; sabe dar más allá de todo cálculo humano. "Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito"¹⁴.

En la vida monástica, la acción de la Madre de Dios se relaciona frecuentemente con su magisterio: María, como la Iglesia, es Madre y Maestra. Continúa en el monasterio lo que hacía en la Iglesia primitiva. Nadie como ella puede explicar los secretos del Reino de Dios.

Normalmente María enseña de dos formas: por su ejemplo y por su acción. Ya hemos visto los ejemplos principales que nos ofrece su historia personal; pero ¿cómo podemos describir su acción? Puede ser como una caricia, más dulce que la miel, un beso de ternura que el mundo no puede dar. Puede ser una fuerza que da valor: María es madre de los mártires y quiere que seamos testigos de Cristo a cualquier costo y en todo momento del día o de la noche, porque esto es lo que reclamán la verdad y nuestra personalidad más íntima. Ella puede darnos también una palmada o un reto, puede hacernos una corrección que llega al corazón y enseña a los hijos de Dios en qué consistió la contrición. Con María se aprende por experiencia lo que significa ser miembro de una familia divina.

Dichos toques de María son siempre iluminadores. Pueden ser puramente interiores, pero con más frecuencia ella utiliza instrumentos vivos: nuestros hermanos o hermanas y las circunstancias habituales de la vida monástica, en especial la liturgia. En realidad, prefiere enseñar de este modo, combinando su mensaje exterior con alguna gracia interior, o viceversa. La lección por aprender es, en última instancia, la de la confianza total: *Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él (1Jn 4, 16)*. Esto es lo que otorga a la vida monástica su gozo auténtico y duradero.

Se puede ver, entonces, que la escuela de María no es otra que la "escuela del servicio del Señor" que san Benito quiere establecer¹⁵. La acción de María da una certeza en el tacto, una paz en lo hondo, que faltaría de otra manera. Como lo indica san Bernardo, "Siguiéndola, no te desviarás"¹⁶. María retiene en el interior de sí misma la enseñanza secreta del servicio del Señor, de tal manera que, con sinceridad, en su escuela se aprende la lección: Jesús se hace real y las

14. VATICANO II, *Lumen Gentium*, 60.

15. RB Pról. 45.

16. Loc. cit. (ver nota 42), p. 83.

verdades de la fe se comprenden con sencillez de corazón. La fe, la humildad, la caridad y la oración se vuelven más conaturales, más marianas y, por lo tanto, más auténticamente humanas. Se aprende la íntima conexión recíproca entre tales elementos de la vida cristiana y su dependencia mutua. Nace una nueva transparencia espiritual, mediante la cual María, aunque siga siendo siempre madre, auxiliadora y maestra, se va haciendo cada vez más *amiga*.

Es probable que la amistad de María en la vida monástica se experimente con más frecuencia como la presencia y la acción de una compañera única. Amigo es aquél que permanece a nuestro lado en la alegría y la pena, en el éxito y el fracaso. Cuando todos los demás se alejan, el amigo queda. Lo mismo pasa con María. Ella está presente en el momento más necesario, lista para actuar, interior o exteriormente, como madre, auxiliadora o maestra.

* Pero, ¿cómo difiere la amistad de María de la de su Hijo divino, ó de la del Espíritu Santo, el Consejero divino, o de la amistad misteriosa con el Ángel de la guarda? Es obvio que hay una unidad funcional entre dichas amistades, que no se excluyen mutuamente. En particular, a las Personas divinas les agrada sobremanera actuar por intermedio de María, de modo tal que los actos de amistad de parte de ellas —la auto-revelación en todas sus formas— se convierten en manifestaciones de la ternura, del amor y del poder de la Virgen, cualidades que, a fin de cuentas, provienen de ellas. Empero, lo que parecerá ser el rasgo característico de la amistad con María, consiste en su manera sutil de combinar lo ordinario con lo extraordinario. Todo es simple y ordinario. Sin embargo; el toque mariano hace que lo simple se haga extraordinariamente bello. Las cosas ocultas, que el Padre elige revelar a personas simples (cf. *Mt 13, 25, Lc 10, 21*), se vuelven absolutamente claras, sin dejar de ser ocultas. Los amigos de María son así: enteramente comunes, hasta resultar desconcertantes a veces. No obstante, si su amistad con ella es verdadera, poseen un conjunto de cualidades que llama en seguida la atención: intuición espiritual, cordura social, humildad interpersonal, disposición para colaborar, generosidad en el servicio, altruismo sin pretensiones; fe, confianza y alegría inquebrantables.

Los que han experimentado en sus vidas la amistad de María señalan generalmente los dos rasgos del toque mariano, que ya vimos al indicar su papel de maestra: la dulzura y la purificación, en partes más o menos iguales. La distribución precisa de dichas características

en la vida de sus hijos se lleva a cabo según la sabiduría divina. La acción de María hace que la dulzura purifique y la purificación sea dulce. El resultado es una experiencia agrisulce, cuyo sabor penetra todos los niveles de la vida. Refleja en forma simultánea el anonadamiento de la cruz, la paz invencible de la resurrección y la armonía unificada entre cruz y resurrección lograda en el corazón de María. La comunicación interior de esta armonía pascual es el fruto de la amistad con María.

A través de la fidelidad a todo lo que implica dicha amistad, María puede llegar a ser, además de madre, auxiliadora, maestra y amiga, una *esposa amada*. No se trata de sentimientos "nupciales" especiales, sino, con más exactitud, de una convicción duradera de mutua pertenencia (cf. *Cant 2, 16; 6, 3*). El Espíritu Santo repite en el corazón de los cristianos, como actitud permanente hacia María, la exclamación de Isabel: *¡Tú eres bendita entre todas las mujeres! (Lc 1, 43)*¹⁷. Esta convicción nupcial de pertenencia mutua se expresa por intermedio de dos formas externas, ambas hondamente enraizadas en la espiritualidad mariana: la *consagración* y la *alabanza*.

4. Consagración y alabanza

¡Ponme cual sello en el corazón! (Cant 8, 6). Este climax de la canción de amor, bíblica e inspirada, demuestra cómo el amor conduce instintivamente a la consagración. En una forma u otra, tal expresión de pertenencia permanente a María ha sido parte de la experiencia monástica, por lo menos desde fines del primer milenio, tanto en Oriente como en Occidente. A los insuperables himnos marianos orientales, corresponde en Occidente el reconocimiento de la Virgen como reina, patrona y señora por parte de los monjes cluniacenses y cistercienses del siglo XII. Tales términos feudales presuponen un pacto de lealtad mutua. Por ejemplo, san Bernardo se describe a sí mismo como unido a María por juramento, al hablar de la oración por un pecador empedernido:

17. No se ha explotado adecuadamente la dependencia literaria de esta exclamación del *Cantar de los Cantares 1, 8 y 6, 8-9*, aún más que de la alabanza de Judith (13-18) o de Jael (*Jueces 5, 24*), especialmente en vista del hecho que el contexto de la Visitación es decididamente más nupcial que militar. Ver más adelante, nota 21.

Yo, esclavo despreciable, que tengo como timbre de gloria el ser siervo del Hijo y de la Madre, ¿voy a tener la osadía de pedir la vida para uno que lleva cuatro días muerto?¹⁸.

En nuestros días, la influencia de san Luis María Grignon de Montfort ha contribuido a aclarar el significado teológico de la consagración mariana¹⁹. En sus aspectos fundamentales refuerza la dimensión mariana de la consagración a Jesucristo, consagración ya realizada por los sacramentos del bautismo y de la confirmación, dado que María es parte esencial del misterio de Cristo. Por eso, varios institutos religiosos modernos están dedicados a ella en forma especial. Muchos monjes y monjas, inspirados en la consagración montfortiana, han realizado una consagración personal parecida.

Las Constituciones de una Orden monástica moderna ofrecen un ejemplo de la dimensión mariana de la consagración monástica, al decir que

Cada una de las iglesias de la Orden y todos los monjes están consagrados a la bienaventurada Virgen María, madre y figura de la Iglesia en el orden de la fe, la caridad y la unión perfecta con Cristo²⁰.

Aunque la expresa alabanza de María comenzó con las primeras palabras que le dirigió el Angel Gabriel (*Lc 1, 26-28*), dicha alabanza no suele brotar tan fácilmente en los labios del hombre moderno, hijo de una cultura secularizante. Sin embargo, una mirada a un poema de amor como el *Cantar de los cantares* revela lo natural que resulta alabar, para el amor verdadero. Fue el Espíritu Santo mismo el que puso en boca de Isabel las palabras, cuando ésta exclamó: *¡Tú eres bendita entre todas las mujeres!*, añadiendo de inmediato la razón de tal bendición: *¡Bendito es el fruto de tu vientre!* (*Lc 1, 42*). La escena tiene reminiscencias de la exclamación del esposo del *Cantar*, al ver a su prometida: *¡Tú eres la más bella entre todas las mujeres!* (*Cant 1, 8*)²¹.

En el transcurso de los siglos ha habido "santos marianos" que experimentaron la dimensión más nupcial del amor a María y se expresaron con palabras de admiración a la Madre de Dios. En Oriente

-
18. *Los grados de la humildad y de la soberbia* XXII, 53, en Obras completas I, Madrid, BAC 444, 1983, p. 245.
 19. Cf. sus dos obras más conocidas: *El secreto de María y La verdadera devoción a la Santísima Virgen María*.
 20. *Constituciones y estatutos de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia* (Roma 1987, edición provisional), Cst 3, 4.
 21. Ver la nota 17, más arriba.

encontramos a Efrén el Sirio (+380), a Germán de Constantinopla (+733), a Juan Damasceno (+753) y a Andrés de Creta (+761). En Occidente podemos citar a Luis María Grignon de Montfort (1673-1716), a Alfonso María de Ligorio (1696-1787) y a Maximiliano Kolbe (1894-1941), que continúan hasta nuestros días dicha corriente de intensa espiritualidad mariana. No obstante, parece que nunca ha existido un estallido tal de entusiasmo mariano generalizado como el ocurrido entre los monjes del siglo XII y comienzos del XIII. No sólo figuran los que ya hemos citado —Bernardo, Guerrico, Isaac y Amadeo—, sino también Anselmo de Cantórbry, Elredo de Rieval, Helinando de Froidmónt, Balduino de Ford, Oglerio de Loceció, Adán de Perseigne, Alan de Lille y otros²².

Varios de ellos escribieron tratados completos en alabanza de la Santísima Virgen²³. Pero aun en sus sermones comunes nos dejan entrever por los nombres que le dan, su experiencia personal de María. Dichos títulos incluyen tales como “Madre misericordiosísima”, “Abogada poderosísima” o “Báculo que conduce al justo a la patria celeste”²⁴. En una sola página de su *Tratado de Alabanza a la Madre de Dios*, Oglerio de Loceció la invoca como “Mi salvación”, “Mi amor”, “Mi vida”, “Mi gloria”, “Mi corona”, “Reina de la alegría”, “Fuente de ternura”, “Toda hermosa” y “Presencia consoladora para el alma dolorida”²⁵. Es significativo que el momento de mayor expansión monástica en Europa occidental coincidiera con esta exteriorización generalizada del amor a María.

A este mismo período pertenece la más típica expresión monástica del amor a la Madre de Dios, la *Salve Regina*: ¡Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia! Sería difícil exagerar la influencia que esta sola pieza litúrgica ha ejercido en los monjes y monjas de Occidente desde comienzos del siglo XII. Todavía se la canta solemnemente en la mayoría de los monasterios, al finalizar Vísperas o Completas, como un saludo final a la Virgen, al terminar el día. Aunque un enfoque más positivo de los valores de este mundo nos sensibiliza respecto de frases tales como “gimiendo y llorando en este valle de

22. Cf. Robert THOMAS (éd.) *Mariale*. Chambarand, Collection Pain de Cîteaux, hors commerce. Vol. 5-8, 1960, y 17-20, 1983.
23. P.ej., Anselmo de Cantórbry, Bernardo de Claraval, Amadeo de Lausana, Balduino de Ford, Oglerio de Loceció y Esteban de Sawley.
24. Adán de Perseigne, *Sermon I*, Migne PL 211, c. 703-4, citado en Robert THOMAS, op. cit., vol. 18, p. 121.
25. Turin 1873, p. 76, citado en Robert THOMAS, op. cit., vol. 19, p. 143.

lágrimas”, la *Salve* sigue siendo algo que sólo puede llamarse una emotiva canción de amor, cuya melodía original es una de las más inspiradas del canto gregoriano. Es ante todo una oración escatológica a María como Madre del ansiado Salvador. El punto más alto de la melodía tradicional describe los “ojos misericordiosos” de la Virgen, pero el climax real se logra cuando la comunidad monástica le pide, en ritmo de canción de cuna: “Después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”. En el transcurso de la *Salve*, el monje puede expresar sus sentimientos personales respecto de la Madre de Jesús: “Reina”, “Madre de misericordia”, “Vida”, “Dulzura”, “Esperanza nuestra”, “Abogada nuestra”, “Clementísima y piadosa”, “Dulce Virgen”, para terminar suavemente con el nombre de la amada: María. Seguramente ningún otro elemento del monacato latino haya influenciado tanto la relación del monje común con la Madre de Jesús como lo ha hecho la *Salve Regina*.

Al concluir este panorama del lugar de María en la vida monástica, podemos formularnos dos preguntas vitales: ¿Cuál es mi experiencia personal de María? ¿Hace falta un cambio de énfasis en mi relación con ella? Evidentemente la respuesta a la segunda pregunta dependerá de cómo se conteste la primera. Al mismo tiempo, en medio de nuestras diferentes experiencias de María, y a través de las etapas sucesivas de su propia peregrinación en la fe, ella permanece como la mujer de armonía interior que abraza completamente la Palabra viviente de Dios y se deja abrazar por él. Esto, como lo hemos visto, constituye el fundamento de lo que ella es y de lo que puede ser para nosotros. Que nos ayude a recibir y a hacer lo mismo.

St. Joseph's Abbey
Spencer, MA 01562
 EEUU

Augustine ROBERTS, ocsa